

En las fiestas cinegéticas del anfiteatro desempeñaban estos animales un papel muy importante, y durante los magníficos festejos con que el emperador Probo obsequió á su pueblo se dió muerte á más de mil jabalíes dentro del circo plantado de árboles, y lleno tan artísticamente de malezas que ofrecía á los circunstantes el aspecto de un bosque maravilloso.

No es extraño, pues, que el jabalí sirviera de insignia á las legiones, y que el mundo entero, dominado por la soberbia Roma, participara de su entusiasmo por la caza del jabalí; ejercicio que, después del de la guerra, llegó á ser la ocupación constante de los hombres hasta la época del Renacimiento, en que las costumbres, no tan rudas como en los tiempos bárbaros, comenzaron á apartar poco á poco á los cazadores de las asperezas del monte para llevarlos á las llanuras, donde se deleitaban con la noble caza.

El halcón destronó al jabalí, retirándose éste humillado, pero sin duda más contento y tranquilo, al fondo de su guarida, después de un ojeo constante que había durado cerca de veinte siglos.

II

El solitario de los bosques, como ya se decía en los tiempos primitivos de Grecia; el arisco paquidermo que habita principalmente en los montes europeos, tipo selvático de donde procede el cerdo doméstico; ocupa, por sus hábitos y condiciones, un lugar tan preferente en la historia de la montería, que, antes de hablar de los sistemas de caza y de los episodios dramáticos que las más veces de ella se producen, vamos á



dar, por vía de exordio á próximos trabajos, algunas breves y condensadas noticias sobre este animal salvaje, que no ha sido nunca, ni será jamás, esclavo, amigo ó compañero del hombre.

El jabalí común no reside más que en las comarcas templadas de Europa y de Asia, habiendo desaparecido por completo de Inglaterra, donde se le persiguió hasta su total exterminio. El bosque es su palacio, su habitación el paraje más sombrío, y su cubil el pedazo de tierra más húmedo y más recóndito. Allí vive en otoño y en invierno, saliendo sólo por la noche de su misterioso escondite. En primavera y en verano se aproxima á cualquier hora á las tierras cultivadas, devastándolas de tal modo con sus terribles dentelladas, que poco tiempo hasta á enemigos tan temibles para destruir completamente una cosecha, convirtiéndose en yermo arruinado lo que antes era campo lleno de esperanzas y de frutos.

Si el aspecto exterior del jabalí es repulsivo y desagradable, lo mismo sucede con sus costumbres, tan rudas, tan ásperas como la piel de que está revestido. Su índole feroz, sus bruscos movimientos y su valor para bravear el peligro, hacen de él un adversario formidable, sobre todo desde tres á cinco años de edad, antes de que se le retuerzan y debiliten los colmillos.

El oído, la vista y el olfato del jabalí son tan exquisitos, que cuando los cazadores quieren sorprenderle lo esperan en silencio por la noche y cara al viento, porque la emanación más ligera la perciben á gran distancia, y cambian instantáneamente de ruta. Es un animal que no chilla, á menos de sentirse herido; pero sopla por la nariz con tal violencia, y arrasa con tal estrépito los jarales que encuentra á su paso, que se le oye venir desde una gran distancia.

CAPITULO XVII

MONTERÍA DE JABALÍES

I



Los días de caza no son días de cobra: así dice un antiguo adagio entre los cazadores veteranos; pero esto no es realmente una desgracia, pues muchas

veces acontecen otras más grandes, sobre todo cuando se cazan jabalíes. Buen testimonio de ello es una cacería á que asistimos en compañía de un ingeniero de montes, muy aficionado cazador; un ingeniero de minas que, según él decía, había errado la vocación; un médico muy alegre, y el señor cura de un pueblo. Además se contaban entre el número de caza-

dores algunos propietarios.

Á las nueve y media de la mañana llegamos al sitio donde debían situarse las escopetas. Allí nos aguardaba buen número de ojeadores, y las mejores recobas de la comarca habían dado su contingente para formar una jauría, que, si no en presencia, por las aptitudes de sus perros podía con ventaja disputar el premio á la mejor que pudiese presentar cualquier monarca.

Tomo III.—Casa mayor y menor

Allí mismo nos esperaban una galera y dos caballerías para el transporte de las reses.

Habría transcurrido más de una hora hasta que los ojeadores, seguidos de los perros, rompieron la marcha hacia las escopetas. Los cuernos de caza y las caracolas lanzaban al aire sus bélicos sonidos alternando con las voces de los perros. Apenas habrían transcurrido diez minutos cuando la jauría comenzó á latir, y en breve se sintieron los disparos en varias direcciones.

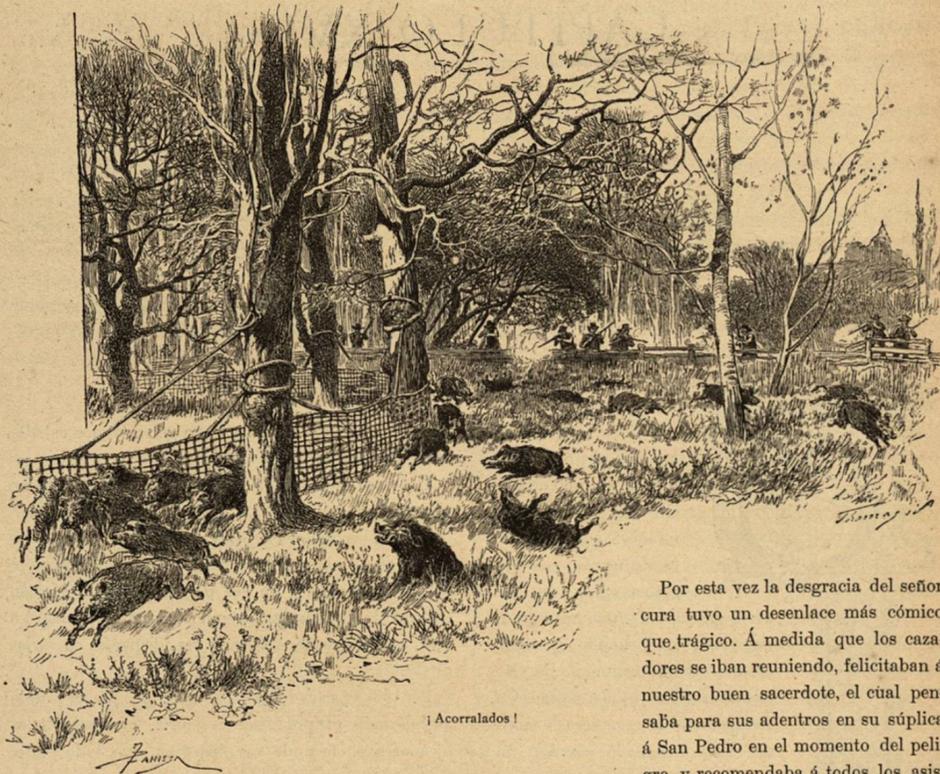
Por todas partes retumbaba en el bosque el sonido acompasado que producían la jauría, las voces de los ojeadores, el efecto de los disparos; que todo junto, repercutido por el monte hueco y llevado á las cumbres de la montaña, daba un aspecto imponente á los trances de la montería. Los perros latían, y sin embargo no se mueven: están dando de parada todos reconcentrados en un punto; señal fija de que se hallan en presencia de algún robusto jabalí. Todos los asistentes sentían la *fiebre de cañón*; á todos parecía querérseles salir el corazón de su estrecho recinto. El grandioso y armonioso concierto de los perros fué interrumpido por las voces de un perrero que gritaba: —¡Muerto, muerto! ¡Fuera perro!— Este perrero había acudido á los canes que latían de parada, viendo á un jabalí á quien dos alanos habían hecho presa de las orejas y otros le

tenían completamente arropado. En esta disposición le hirió detrás del codillo con el chuzo.

El ojeo continuó, entrando esta vez en juego nuestras escopetas. Hallábame yo situado en uno de los puestos altos de la sierra: por debajo de mí se hallaba situado el señor cura: pasó un cochastro entre el puesto del cura y el mío: tírele sin herirle, y mi vecino tiró

padre de almas. Todo aturdido, se levantó, y, aunque tembloroso por el miedo, no había sacado del encuentro más que una ligera contusión.

Nos disponíamos de nuevo á ocupar nuestros puestos, cuando el toque de asamblea nos hizo comprender que el primer ojeo estaba terminado con la muerte de dos jabalíes y dos cochastros.



¡Acorralados!

á su vez, dejándole en el tiro. Apenas había concluido de cargar el buen sacerdote, se le apareció un jabalí de tres años, liado con cuatro perros. Tiró sobre él, dando el cochino señales de haber sido herido, pero continuando su carrera en línea recta. El padre cura disparó su segundo tiro, erró, y en el mismo instante fué arrojado sobre el suelo por el jabalí, pisoteado por los perros, y en medio de su terror prorrumpió en estas palabras: —¡Santísimo Pedro, ábreme las puertas del cielo!— Un guarda que se hallaba en el puesto inmediato acudió á rematar el jabalí, en quien los perros habían hecho presa, en tanto que yo fuí á favorecer al

tentes encomendarse al Santo en los momentos de apuro.

Algo peor que al cura le fué á uno de nuestros mejores perros, que recibió una cuchillada del mismo jabalí en la región abdominal, teniendo que ser curado en el acto y cosido, quedando tendido en el carro bajo la vigilancia de un perrero. El pobre herido mostraba gran deseo de continuar cazando, y pugnaba por seguir á la jauría.

Después de un corto descanso nos dirigimos á otro punto, distante un cuarto de hora, donde habíamos de dar el segundo ojeo. Desgraciadamente tuvo éste

peores consecuencias para otro cazador que el primero.

El resultado obtenido fueron siete cochastros, tres jabalíes y dos cochinas, una de las cuales era de dimensiones colosales, pues pesó 122 kilogramos, y cupo en suerte, ó, mejor dicho, en desgracia, á un rico hacendado del país, que le tiró de frente, perseguida muy de cerca por los perros. Tan luego como resonó su tiro, percibiéronse gritos demandando auxilio, y los primeros cazadores que acudieron presenciaron una tristísima escena. El cazador tendido en el suelo, y la jabalina pisoteándole y mordiendo de una manera cruel. Uno de los primeros que llegaron fué un guarda muy anciano, que, abarcando con una mirada el peligro que corría el cazador, se acercó ocultándose á la vista de la cochina, que estaba preocupada con su víctima, y consiguió darle el tiro de gracia en la misma cepa de la oreja, de manera que cayó hecha un ovillo sobre el cazador que maltrataba.

Por fortuna de este último, tuvo la suerte de no perder el conocimiento ni un solo instante, pudiendo evitar los golpes de la pezuña en la cabeza, resultando solamente con fuertes mordiscos en las piernas y en los brazos, que le proporcionaron grandes dolores durante algunas semanas, hasta su completa curación.

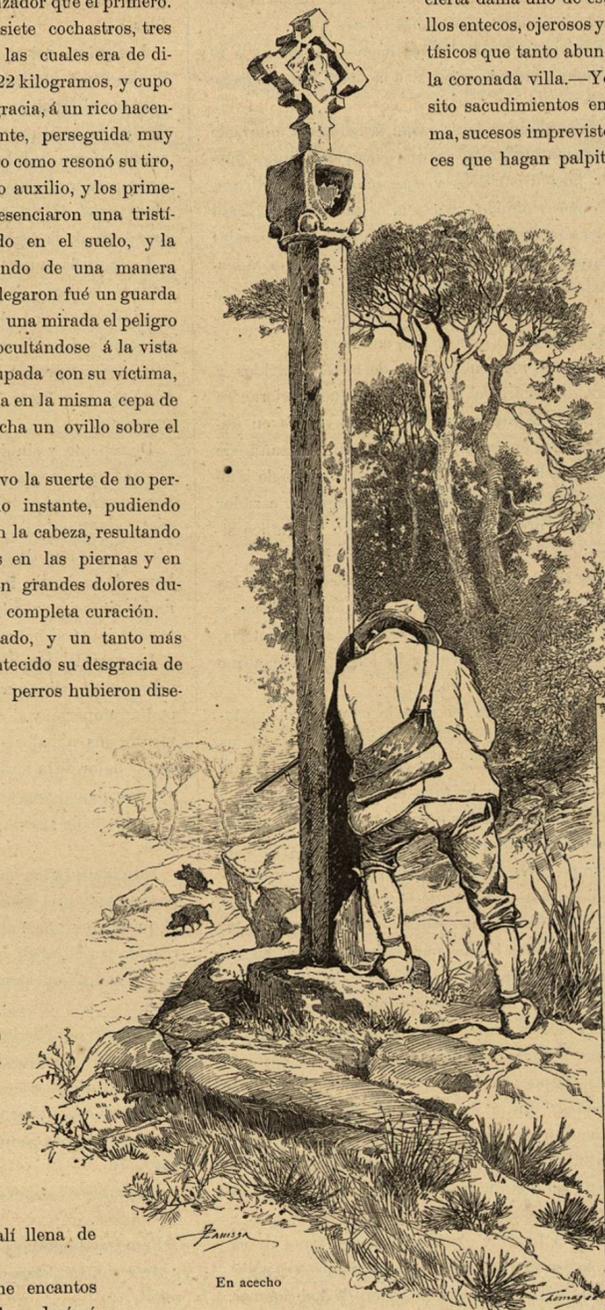
Después de haber sido levantado, y un tanto más tranquilo, refirió que había acontecido su desgracia de la manera siguiente: así que los perros hubieron diseminado y perseguido á los cochastros, separándolos de la madre, vino ésta sola, dándole un balazo, del cual cayó; pero, rehaciéndose, le descerrajó un segundo tiro á veinticinco pasos con plomos del número 0, y después, creyéndola muerta, se acercó á ella, cuando de repente se levanta acometiéndole y derribándole, causándole varias heridas con las pezuñas y con los dientes. Una gran suerte fué para él que le faltasen las cuchillas á la res.

II

Hé aquí otra caza del jabalí llena de emociones:

—La vida para mí no tiene encantos cuando es monótona y tranquila,—decía á

cierta dama uno de estos pollos entecos, ojerosos y mediotísicos que tanto abundan en la coronada villa.—Yo necesito sacudimientos en el alma, sucesos imprevistos, lances que hagan palpar con



En acecho

violencia mi corazón; necesito, en una palabra, para no morir de fastidio, emociones fuertes que...

—¡Emociones fuertes! Pues hágase V. torero, ó, lo que es mejor todavía, vaya V. á la sierra á montar jabalíes.

Y á la verdad que tenía razón la bellísima autora de tan oportuna respuesta, porque pocas situaciones pueden ser más dramáticas y ocasionadas á sacudirnos, moral y materialmente, como la de sentir el espantoso ruido que hace el jabalí rompiendo lentiscos y jarales del monte, y apercibirnos á una lucha, que puede sernos fatal, con uno de los animales más indómitos, más ariscos y más insociables de la creación.

Ejemplo al canto, y entremos en materia.

Al mediar el invierno del año de 1857, aburridos y cansados de respirar el aire mefítico que se cierne en estas grandes capitales que hemos convenido en llamar *Babilonias modernas*, aceptamos, en compañía de unos amigos, la galante y tentadora invitación de ir á montería que nos hizo otro de los nuestros, cazador sempiterno y propietario de cierto coto magnífico situado en una de las estribas de Sierra Morena.

Hechos los preparativos con la rapidez propia de los que se sienten punzados por el aguijón del deseo, y provistos de nuestras armas y pertrechos de montería, atravesamos en alas del vapor la larga distancia que hay de Madrid al cazadero.

Al llegar á la sierra, el paisaje cambió repentinamente de aspecto. La tierra era húmeda; el aire de las montañas vecinas estaba impregnado de perfumes que vigorizaban el pecho; brotaba el agua por todas partes; hondonadas y alturas aparecían á la vista cubiertas de espesos bosques que sombreaban nuestra marcha á campo travieso por aquellas sendas abiertas entre tajadas peñas, recobrando la naturaleza su voz, sus fueros y sus bríos en las agrestes y majestuosas soledades, que parecen hechas para demostrar la pequeñez del hombre y la inmensidad del poder de Dios.

Nuestro amigo nos recibió con los brazos y con la despensa abiertos, lo cual satisfizo al propio tiempo á la amistad y á las exigencias del estómago, bastante imperiosa después de tan larga caminata, y convínose de sobremesa que al amanecer del siguiente día nos pondríamos en demanda, como dicen los marinos, de un soberbio jabalí que, atalayando tres días seguidos, había visto un guarda meterse en su cama, en una espesura casi impenetrable.

Para mayor honra y gloria de nuestra fama de cazadores, se convino también en que iríamos tres solos, sin perros; dos armados con escopetas de dos cañones,

y uno con arma blanca, consistente en una pica de tres filos.

Las gentes del monte creyeron que nos habíamos vuelto locos, y mucho más al saber que íbamos á sorprender al jabalí en su propia cama; porque, no llevando ojeadores ni perros, era fácil sorprender á la fiera en su mismo cubil. En muchos casos semejantes se suele perder el tiempo sin conseguir nada; pero nosotros aquel día estábamos predestinados á renovar la excepción de la regla.

Las seis de la mañana nos dieron en lo más embrenado de la sierra, donde las huellas frescas y recientes nos indicaban que el jabalí había vuelto ya de buscar su comida. Llevábamos el viento de cara, caminando con excesiva precaución para que ningún ruido, por pequeño que fuese, denunciase al enemigo nuestra presencia.

De repente, y sin darnos cuenta de donde salía, una enorme masa negra se precipitó como una tromba sobre nuestro amigo, que iba delante, derribándole al suelo; resultando uno de nosotros abrazado, Dios sabe cómo, á la rama de un árbol, y casi montado sobre el lomo de la bestia feroz, mientras el otro á pie, y en mejor situación que los demás, introducía el hierro de la pica junto al brazo derecho de la res.

La partida, sin embargo, no era igual, ni mucho menos, y el peligro arreciaba á cada instante. La pica podía romperse, y el cazador caído veía acercarse á su vientre los afilados colmillos del animal, enfurecido con el dolor de la herida que acababa de recibir, cuando, descolgándonos de la rama del árbol, pudimos alojarle dos balas que le dejaron momentáneamente sin vida.

Este lance había durado minuto y medio, que nos pareció toda una eternidad, y que pudo costar la vida al que tuvo la mala suerte de verse sorprendido y derribado por el jabalí, que los guardas llevaron después á la casa en una carreta, porque pesaba más de 300 libras.

Sentados aquella noche junto á una gran chimenea campesina y delante de una bien provista mesa, estuvimos acordados los tres en que realmente no habíamos ido á la sierra á tirar al jabalí, sino á caza de emociones, y emociones demasiado fuertes y desagradables por cierto.

Los sucesos habían sobrepujado á nuestras atrevidas esperanzas.

Pero hay tentativas ó calaveradas que no deben repetirse, y á esta clase pertenece la que acabamos de referir.

III

En una de nuestras frecuentes monterías en los accidentados terrenos que siryen de pintorescos estribos por la parte de Andalucía á la gran cordillera Mariánica, conocida con el nombre de Sierra Morena, trabajamos conocimiento con un jabalí bien entrado en años á juzgar por su corpulencia y por la conformación de sus colmillos, y cuyos ademanes y movimientos eran de lo más singular que puede imaginarse.

El animal, como poseído de un vértigo, cambiaba de residencia tres ó cuatro veces por semana, yendo de arriba abajo y del monte al llano, atravesando distancias de no pocos kilómetros, por sitios completamente descubiertos; lo cual no dejaba de llamar la atención, dados los hábitos y costumbres de sus congéneres los señores montaraces, en los dominios de la maleza y la espesura.

A pesar de esta ventaja y de las ningunas precauciones que tomaba en sus frecuentes correrías, nunca pudimos dar alcance á tan extraña res, cuya pista seguían con cuidado los cazadores más expertos en el conocimiento del terreno.

Una circunstancia nos llenaba de admiración, y era la de que el jabalí, aunque potente y vigoroso, á juzgar por la huella que dejaba la pezuña, no saltaba nunca al encontrar delante alguna zanja, foso, precipicio ó vallado, sino que los bordeaba con especial habilidad, dando inmensos rodeos, á veces para ir á parar á un sitio adonde habría llegado en medio minuto de un solo brinco.

Contrariados al fin por el mal éxito de tantas y tan infructuosas tentativas, decidimos en cierta ocasión dar caza al codiciado jabalí, auxiliados por muchos ojeadores, á fin de sacar al animal aunque fuese del centro de la tierra, obligándole á dar un forzado paseo por el llano, á que se mostraba tan resuelto aficionado.

Después de tres horas de marcha, y con un frío capaz de helar todo lo que no sea el ánimo y la resolución de un cazador de pura sangre, llegamos al lugar marcado como punto de batida, procediéndose á sortear los puestos que debíamos ocupar cada uno de nosotros.

Éramos, entre todos, ocho cazadores y cuatro escopetas negras.

Los ojeadores se alejaron para levantar la res, que, según las noticias adquiridas, debía andar por aquellas espesuras.

Después de una hora de aguardo, que nos pareció tres veces mayor, ó sea de ciento ochenta minutos, oímos á lo lejos la algazara de los hombres y de los perros, haciendo señales evidentes de que habían dado con la res y de que estaba empeñado el ataque.

Teníamos el viento de cara y oímos con delicia aquel ruido discordante, cuyos atractivos especiales sólo comprenden y aprecian los que adoran como nosotros las emociones palpitantes de una montería.

Dos zorros magníficos, con las orejas gachas y el rabo entre piernas, pasaron junto á nosotros; pero ni siquiera les hicimos caso, ni nos pasó por las mientes el agujerearles el cuerpo para apoderarnos de sus magníficas pieles.

A medida que pasaba el tiempo, redoblaba la furia de los perros y el vocerío de los ojeadores. Sin poderlos contener, avanzamos hasta un barranco en forma de embudo, hacia donde nos llamó con gritos destemplados un ojeador, y en cuyo fondo estaba el jabalí, con las cerdas erizadas, arrojando espumarajos sanguinolentos y casi cubierto por los perros, que pugnaban por despedazarle.

En aquella situación era imposible hacer uso de las escopetas ni del cuchillo de monte, y llenos de ansiedad aguardábamos el momento favorable de poner fin á aquel drama venatorio.

Creíamos, al llegar, ver tres ó cuatro perros heridos y rodando por el suelo, porque el animal tenía buenos colmillos y era vigoroso; pero no sucedía así, con gran extrañeza de nuestra parte, extrañeza que creció de punto al verle extender el hocico á derecha ó izquierda, cual si tratase de atacar á un enemigo invisible, mientras los perros lograban alcanzarle con sus mordiscos en las patas y las orejas.

De repente, y desprendiéndose de los perros, dió un salto enorme, dirigiéndose hacia un sitio donde no había nadie ni nada más que un árbol corpulento, en cuyo tronco casi se aplastó la cabeza, rodando por el suelo aturdido y dominado ya por los perros. En esta situación fué ya posible hacer uso del cuchillo.

Sólo hubo dos perros que sacaron ligeros arañazos de la lucha, y, sin embargo, la res no tenía los colmillos de miga de pan.

Casi íbamos convenciéndonos de que habíamos dado con un jabalí víctima de un vértigo ó en estado de locura, cuando un cazador lanzó una exclamación de sorpresa al reconocer de cerca la cabeza del animal.

Nos acercamos, y al punto comprendimos los que hasta entonces nos habían parecido enigmas.

El jabalí, en vida, había sido completamente ciego.